Ágora Escena

LA CULTURA PORTUGUESA
ENVUELVE LA CIUDAD

LA CULTURA PORTUGUESA ENVUELVE LA CIUDAD

DANIEL CASADO

La única manera de que tengas sensaciones nuevas consiste en construirte un alma nueva. Baldío esfuerzo el tuyo si quieres sentir otras cosas sin sentir de manera diferente, y sentir de manera diferente sin mudar de alma. Porque las cosas son como nosotros las sentimos –¿cuánto tiempo hace que lo sabes sin saberlo?– y el único modo de que haya cosas nuevas, de sentir cosas nuevas, es que haya novedad en el sentirlas.

Fernando Pessoa, *Livro do desassossego*

No es fácil mudar de alma. Por más que la vida permita, con suerte, un par de cambios de rumbo verdaderos, la ciudad –como dejó escrito el poeta alejandrino– nos seguirá allá donde vayamos. Y una ciudad, ya se sabe, puede ser un mundo, una nación, una ventana... una ciudad puede no ser nada mientras se está en ella, y salirnos al paso cuando visitamos otras.

Pero todo viaje verdadero –se ha dicho tantas veces– es interior. Sólo se realiza desde un cambio profundo de escalas, de brújulas, de mapas, de intenciones. Diluimos la raya en esa búsqueda de otra alma con la que sentirnos al fin nosotros mismos. Reconocemos gestos, sonidos, paisajes, ciertos nombres, algunos refugios.

Después de varios años viajando al país vecino, uno se pregunta qué podrá descubrir de Portugal en su ciudad, en esta Mérida cosmopolita y provinciana que ha vestido sus farolas de carteles anunciando la cita, como una novia caprichosa.

Con la sequedad de su paisaje y la humedad de su mar, Portugal se nos acerca estos días lleno de milagros. La lluvia es el primero de ellos. Un invitado de lujo que evoca la imborrable *saudade* de este octubre tardío. Habrá otros, más modestos, empeñados en sacarle los colores al otoño: músicos, poetas, sociólogos, profesores...

Se habla de encuentro de culturas, de debate peninsular. Se habla de conocer y respetar la identidad de cada pueblo. Unos estudiantes del curso corren hacia la parada del autobús con las carpetas sobre sus cabezas. Se suben a él, y se sitúan en los últimos asientos, con la cara pegada al cristal. El autobús se pierde de vista, por el puente Lusitania. No existe, en realidad, mejor encuentro que ése. Deshacer toda frontera con el pulso firme y decidido de quien lo espera todo de los demás y también de sí mismo.

Así llega un año más Ágora, que abre la aventura transfronteriza.

LUNES, 17 DE OCTUBRE DE 2005

EXPOSICIÓN COLECTIVA DE ARTISTAS EXTREMEÑOS Y ALENTEJANOS

A las puertas del Palacio de Congresos y Exposiciones de Mérida, algunas estudiantes portuguesas intercambian sus carpetas. Hablan en voz baja, con cierto orden; una de ellas enumera las obras que más le han gustado de la exposición. Cuando paso a su lado, calla. Las otras ríen. Siento, como el verso de Gimferrer, cierta piedad de los adolescentes. Sin duda viven un tiempo distinto al mío, un tiempo de ponencias, exposiciones, conciertos... Un tiempo que tiene algo de ficticio y algo de imaginario. Es el tiempo detenido en una ciudad ajena. Es el tiempo también del dulce instinto y la débil razón. Es el tiempo. Todo el tiempo.

Son las seis de la tarde y el magnífico recinto, obra de Fuensanta Nieto y Enrique Sobejano, rebosa movimiento. Hay ajetreo de periodistas y público diverso que acude a las lecturas sobre El Quijote. Antes de entrar, me paseo por la enorme sala que alberga la exposición Ecos de Velázquez. Se trata de una nutrida representación de autores hispano-lusos que recrean el imaginario del pintor sevillano. Si en la diversidad está el gusto, ésta muestra

tiene ya garantizado su éxito: técnicas diversas, expresiones dispares y sobre todo, un modo de interpretar a Velázquez, su tiempo y su obra, que va desde la reelaboración de las Meninas en varias sanguinas de María José Pizarro hasta las oníricas formas que Roberto Lopes ha capturado en forja retorcida, llena de significado.

Más alejados del horizonte de la mera recreación de la obra del pintor sevillano, aunque sin desprenderse del todo de ésta, dialogan entre sí los óleos de Cándido Lechón Montes, Nuno Lemos, Manuel Casa Branca y Juan Luis Campos. Hay en todos ellos una firme búsqueda del detalle, de la clave que alumbra, escondida, el sentido verdadero de cada creación. En contraste –ruidoso contraste, por cierto–, las propuestas de Tiago Fríos y Susana Marques, en fotografía y tinta china sobre papel respectivamente, añaden confusión al espectador que en vano trata de encontrar su relación con la temática de la muestra.

Me detengo ante dos magníficos óleos de Elena Dávila, dedicados a Cáceres y Lisboa. La trama que envuelve ambas ciudades, emborronando las figuras y el fondo (donde reaparece la inconfundible arquitectura de cada una de ellas), sólo puede compararse a uno de esos cambios de alma que requería el poeta. Imposible, a primera vista, afirmar qué ciudad es cada una. Tampoco su tiempo. Persisten en la tela, atrapadas en la mirada del visitante que, si no traiciona la voz de su alma, dará orientación y fecha propia a sus ciudades.

LECTURA DE TEXTOS SOBRE *EL QUIJOTE*

Al terminar de ver la exposición caigo en la cuenta de que me he retrasado: la anunciada lectura de textos sobre el Quijote debe haber comenzado ya. Entro por un lateral de la sala que conduce –¡horror!– a las primeras filas. Menos mal que allí me encuentro, estirado sobre los asientos, a Julián Rodríguez. Le saludo con un gesto discreto y me guiña un ojo. Sonríe con esa expresión suya que adelanta siempre un aluvión de noticias.

En la mesa redonda, Antonio Sáez Delgado, Antón Castro, Martín López-Vega, del lado español, y Hélia Correia y Alberto Pimenta, del lado portugués, destacan la influencia de Cervantes en sus correspondientes tradiciones.

Poca novedad, la verdad. Alguno se limitó a subrayar la importancia de Cervantes en su propia obra. Más atractivo, sin duda, tuvo la intervención de López-Vega, no tanto por su invitación a "leer El Quijote como cada uno quiera" (faltaría más) como por su pequeña perfomance de hipnosis musical. Pidió al público que cerrara los ojos y se dejase llevar por la melodía que emitía una cajita musical e imaginásemos a Don Quijote al ritmo del *My way*. Como estas cosas sólo pasan una o dos veces en la vida, me reconcilio con la estirpe de Alonso Quijano y cierro los ojos a ver si se me aparece la buena de Aldonza Lorenzo. Nada, Martín, ni por éstas. Pero gracias, de todos modos.

Por último, Antón Castro reivindicó la figura del poeta Miguel Torga, el más español, en efecto, de los poetas portugueses. Lee con cierta urgencia dos magníficos ejemplos quijotescos de los Poemas Ibéricos de Torga: la "Exhortación a Sancho" y la "Pesadilla de Don Quijote". Los versos se expanden por la sala ocupando un lugar secreto en la memoria, un rincón de luz y de silencio iluminado súbitamente por la belleza de las palabras del hidalgo a su escudero:

"Sancho: oigo una voz etérea
que nos llama...
¿Iberia dices tú?... ¿Has dicho Iberia?
¡Despierta, Sancho, que ésa es nuestra dama!

Pues ¿de quién iban a ser esos gemidos?
Pues ¿de quién iban a ser?
Sólo de ella, Sancho, que en mis oídos
insiste su corazón en padecer...

¡En pie, Sancho! ¿Qué molinos? ¿Cuáles?
¡Ay! ¡Pobre Sancho, que no saber ver
en molinos iguales
cuál es sólo molino de moler!..."

PRESENTACIÓN DEL DOCUMENTAL A SANTA LIBERDADE

Sin tiempo apenas para reponerme y analizar algunas de las ideas defendidas en la lectura (los poemas de Miguel Torga resuenan todavía en mi cabeza), me encamino a la Biblioteca Jesús Delgado Valhondo, donde tendrá lugar la proyección del documental Santa *Liberdade*. Tan extraña aventura permanece para mí sumergida en un confuso mar de datos, así que agradezco la oportunidad de enterarme de lo que pasó exactamente y quiénes fueron aquellos aguerridos entusiastas que secuestraron el Santa María.

Nada más entrar en el salón de actos de la Biblioteca, se respira un ambiente de expectación. Creo que no soy el único que esta noche resolverá algunas dudas acerca del DRIL (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación) y su corta pero intensa trayectoria. Entre el centenar de personas que ocupan ya sus asientos, reconozco algún dirigente político, profesores, artistas y estudiantes del curso. En la mesa, la directora del film, Margarita Ledo, habla con voz suave explicando las incidencias que tuvieron que superar para llevar a cabo el rodaje. A su lado, Camilo Mortagua e Higinio José Hernández, supervivientes de aquella odisea. Higinio toma la palabra para narrar en primera persona las consecuencias de su aventura. Es un hombre afable, bajito y de expresión humilde. Habla lentamente, como si nada de lo que cuenta corriera prisa ya por ser desvelado. Al rato, sus palabras se apagan, como las luces, y en la pantalla da comienzo la proyección.

Santa *Liberdade* cuenta la aventura de un puñado de hombres libertarios, apenas una docena de portugueses y otros tantos españoles, gallegos en su mayoría, miembros todos ellos del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL) que en 1961 deciden secuestrar el Santa María, una de las joyas de la navegación portuguesa, que cubría el trayecto Venezuela, Lisboa y Vigo. A bordo viajaban casi un millar de personas, a las que retuvieron durante los 12 días que duró la odisea: con este gesto pretendían exigir el fin de las dictaduras de Franco y Salazar. Nada menos. Lo curioso es que buena parte de los viajeros simpatizaron pronto con la insurrección, y pese al hecho de producirse una muerte –uno de los oficiales del barco resultó mortalmente herido durante el abordaje–, a su llegada al puerto de Brasil se les recibiría como a héroes.

El documental Santa *Liberdade* muestra hasta qué punto en Portugal y España se minimizó y silenció la hazaña, y cómo ante el vacío gubernamental de ambos países, hubo de ser el presidente norteamericano J.F. Kennedy quien finalmente adoptara medidas para resolverlo. La Historia, como se ve, aún puede darnos algunas sorpresas.

Al final de la proyección me acerco a felicitar al equipo técnico y a algunos de los protagonistas. Cuando estrecho la mano de Higinio, éste me pregunta: ¿De verdad te ha gustado? Le respondo que sí, y que sobre todo me ha parecido muy interesante. –¿Qué edad tienes? inquiere a bocajarro. Le digo que treinta, y hago el chiste fácil: –"Nací mientras Franco agonizaba". No conforme, vuelve a interrogarme: –¿Y por qué le interesa esta historia a alguien de tu edad? Comprendo entonces que este hombre no le sirven los halagos gratuitos, que no espera nada de nadie, y menos de mí. Sus ojos demuestran una completa calma consigo mismo. Recuerdo entonces la cita de Pessoa a propósito de mudar de alma para obtener sensaciones nuevas de la vida, y me pregunto si no será todo una fantasmagoría más de Bernardo Soares, si no pretendía decir con ello justo lo contrario, advertirme que, al cabo, resulta imposible ser otro de quien se es. El hombre que atraviesa mi mirada mientras estrecho su mano, no ha dejado un sólo instante de ser quien realmente es.

MARTES, 18 DE OCTUBRE DE 2005

CONCIERTO

Luis Pastor y Pedro Guerra: Homenaje a Portugal

Tenía ganas de volver a ver a Luis Pastor. Hará tres o cuatro años que no coincidíamos y afortunadamente, *Ágora Escena* dispone un encuentro que promete ser emocionante. Junto a él está Pedro Guerra, cantautor canario por todos conocido y una de las voces más firmes y queridas de la canción de autor española. Luis confiesa que "lo ha traído a lazo" ya que Pedro acaba de finalizar la gira de su último trabajo, "Bolsillos". Al verlos juntos antes del concierto, uno no puede dejar de recordar lo que supuso el descubrimiento del autor de *Contamíname*, allá por el 93, cuando Luis tenía una cita semanal

en el pub madrileño Libertad 8, que terminó convirtiéndose también en la cita de Pedro, y finalmente de ambos. Luego vendría la publicación de *Golosinas*, los conciertos en la Torre de Babel, el *Diario de a bordo*, y tantas, tantas cosas...

Sobre el escenario sólo tres banquetas, tres atriles y tres micros. El público ya ha adivinado que la fórmula de esta noche residirá en la desnudez y el intimismo de las canciones.

Sale primero Luis, que mira al público con sonrisa pícara y sin decir nada nos regala una de sus perlas: *Soy* del disco homónimo (2002) en la se define a sí mismo como "Un marinero sin mar, un extremeño en Madrid, un árbol de Berzocana, la flor de jara de tu jardín". A su lado Lourdes Guerra ocupada, en principio, de los coros, no puede disimular su tremendo resfriado. Al terminar la canción Luis bromea sobre la voz de su compañera. Al parecer, comparten todos, los tres, un terrible constipado que a punto ha estado de dar al traste con el concierto de hoy. Esto se dejará sentir a lo largo de la noche, sobre todo en la voz del extremeño.

Pero Luis se siente cómodo en el magnífico auditorio abarrotado de público y continúa desgranando, como si nada, las mejores canciones de su repertorio. Éste se basará íntegramente en su discografía a partir de *Aguas abril* (1988), trabajo que supuso su recuperación para la canción de autor española y el acercamiento definitivo a su tierra natal. Así, van cayendo temas de su trilogía *Diario de a bordo* (1996) *Por el mar de mi mano* (1998) y *Soy*, dejando a un lado el introspectivo *Piedra de sol* (2000). El público canta, aplaude y asiste emocionado al particular homenaje de Pastor a la música portuguesa: las figuras de Zeca Afonso y Fausto, primeros contactos del músico con esa tradición, flotan en cada verso del extremeño. Para sorpresa de todos, Luis Pastor nos revela algunas canciones de su último proyecto, todavía inédito, en el que pone música a los versos de José Saramago. También nos mostrará su manejo con el tiple, guitarra brasileña algo menor que el cavaquinho portugués pero de una sonoridad y un encanto muy peculiar. Por último, no faltarán palabras de homenaje a Pablo Guerrero, antes de la preciosa *Mi libertad*, crónica urbana del desarraigo que el de Berzocana ha hecho suya y que cierra su actuación antes de presentarnos a Pedro Guerra.

Cualquiera que se haya asomado a la trayectoria del músico canario, habrá comprobado que desde su irrupción en 1990 con *Golosinas* (que abrió la brecha de los jóvenes cantautores en ésa década) hasta su reciente *Bolsillos* (2004) Pedro Guerra se ha convertido en uno de los compositores más apreciados de este país.

Desde los primeros acordes de *Entra* uno tiene la sensación de viajar en el tiempo arropado por la emoción y la poesía que desprenden sus canciones. Incluso un tema tan divertido musicalmente como *Debajo del puente* refleja una sincera preocupación por los más desfavorecidos. Me sorprende que cante *Estos poemas* de su trabajo con el poeta Ángel González, uno de los acercamientos más elegantes entre la música y la poesía que he oído en mucho tiempo (*La palabra en el aire*, 2003). A mi lado, una joven canta suavemente, con vergüenza y mirándome de reojo; teme que descubra que es suya esa segunda voz que se eleva sobre la voz de Pedro. El cantautor canario se deja querer sobre el escenario, sabe ganarse al público con una mirada o un simple silencio. Sabe lo que el público espera de él, y lo ofrece, sin más: *Biografía, Siete Puertas, Raíz, Bebes del río* y la maravillosa *El marido de la peluquera* son cantadas literalmente por todo el auditorio. Como punto final de su actuación, todos coreamos el esperado *Contamíname*.

Por supuesto, todo el mundo espera el postre, el broche de oro a una velada que está siendo mágica. Luis, desde bastidores, le hace gestos a Pedro sobre cuándo debe entrar. Finalmente, y antes de que el canario acabe su canción, Luis se suma a los coros.

Ángel caído, del *Diario de a bordo* del extremeño, representa la unión de ambas carreras y pone punto final a la noche.

Al terminar el concierto, mientras la gente abandona el recinto, me acerco a bastidores a saludar a Luis. Subo por la parte de atrás al escenario y nos encontramos frente a frente: –"Luis, ¿te acuerdas de mí?" –"Joder, no has cambiado nada, Daniel. Estás igual que siempre" me dice mientras nos abrazamos. Recordamos nuestro primer encuentro –Luis ¿ya han pasado quince años?– allá en Trujillo, una noche en La Carbonera con sabor a complicidad y proyectos, a luchas y esperanza. No creo que el mundo haya ido a mejor, pese a haberlo amordazado con versos y canciones.

Me alegra sin embargo que, pese a tantos cambios, los dos sigamos haciendo lo mismo.

MIÉRCOLES, 19 DE OCTUBRE DE 2005

SEMANA DEL LIBRO PORTUGUÉS

Librerías: San Francisco, Punto Aparte y Rox

Uno sabe, en el fondo, que el verdadero pulso de una identidad ha de leerse en sus páginas. La clave y el secreto de su permanencia reside en los libros, más allá del éxito de encuentros, debates e intenciones. Suena ruidoso, lo sé, y alejado de la idea generalizada de que el libro, todos los libros, son un objeto más de consumo. Pero no hablo de libros, sino de literatura. Una literatura que va dejando su huella en nuestra forma de ser y sentir, explicándonos a nosotros mismos desde otras lenguas y otras tradiciones.

Así pues, me paseo por las tres librerías que durante estos días responden al estímulo de *Ágora* llenando sus escaparates de libros portugueses. Sobre la mesa –casi la misma mesa en todas– los nombres de siempre: Pessoa, Saramago, Cardoso Pires, Lobo Antunes, Eugénio de Andrade, Eça de Queiroz... algunos ensayos sobre Pessoa de Ángel Crespo, Antonio Sáez Delgado y José Luis García Martín, y las dos novelas en castellano de Inês Pedrosa. También guías de Lisboa y Coimbra, y libros de cocina portuguesa. Fuera de muestrario, a la sombra de otros volúmenes menores, encuentro el magnífico *Morreste-me* de Peixoto, los sonetos de Antero de Quental, y algunos poemarios de Ramos Rosa, Nuno Júdice y Mário Cesariny.

Hablo con los libreros. María, de Punto Aparte, me confiesa que se venden pocos libros en portugués, pese a existir en Mérida varias escuelas de idiomas. Estos días, la gente ha demandado las dos novelas de Pedrosa "sin duda por la oportunidad de ver a la autora" y algunas de Saramago. Vicente, de la librería San Francisco coincide, en líneas generales: "Durante el resto del año se venden bien las guías y las novedades de Saramago. También Pessoa, sobre todos sus biografías..." Tomo en mis manos un libro de Lobo Antunes y le pregunto por este autor: "Ah, sí, también éste, últimamente la gente lo pide mucho".

CONCIERTO

Coro de Belgais

Antes de entrar al Centro Cultural Alcazaba tomo un café en la churrería de enfrente y aprovecho para leer el programa de mano del concierto. Me agrada saber que el Coro de Estudios de las Artes de Belgais es una institución pedagógica creada por la pianista Maria João Pires. Recordaré siempre su concierto en el Festival de Teatro Clásico de Mérida, hace tres años. La magia de su piano hizo enmudecer al auditorio con obras de Schubert y Villa-Lobos. No he oído nunca una lectura tan hermosa del músico alemán.

Tratándose, pues, de un coro que nace de la inquietud artística de esta mujer, la calidad y solvencia de sus jóvenes intérpretes –se trata, en realidad, de una escolanía– está garantizada. Sigo leyendo: la nota informa que se trata de una agrupación de cuarenta niños dirigidos por Maria Helena Nunes y que en su corto andar han llegado ya a estrenar obras compuestas expresamente para ellos. Apuro el café y cruzo la calle. Está empezando a llover.

En el auditorio del centro Alcazaba, algo más de un centenar de personas se disponen a presenciar el espectáculo. Tomo asiento lo más centrado posible, y para hacer tiempo, ojeo los libros que he comprado: Manuel de Freitas, José Luis Peixoto, y una antología de Mário Cesariny.

Los niños aparecen sobre el escenario seguidos de su directora. Todos visten un gracioso conjunto blanco de camisa suelta y pantalón, excepto esta última, de riguroso naranja zen, no menos gracioso. En el medio, dos gemelos miran al público con cara de estar encantados y luego se guiñan el ojo el uno al otro. Los dos a la vez. Antes de comenzar, la directora del coro se dirige al público para solicitar amablemente que no aplaudamos hasta el final de cada repertorio, ya que "se pierde la concentración y el encanto de las piezas, que deben ir seguidas unas de otras".

La primera parte del concierto está dedicado, precisamente al compositor brasileño Heitor Villa-Lobos y sus populares Canciones luso-brasileñas. Luego otro puñado de canciones tradicionales portuguesas y finalmente, algunas canciones infantiles indioamericanas. El conjunto suena limpio, ajustado, muy seguro. El peso de las voces blancas confiere a la sala densidad de monasterio, por más que lo profano de las composiciones y su evidente

sentido lúdico, desmientan esta impresión. Por supuesto buena parte del público aplaude nada más acabar la primera composición y algunos se vuelven, inquisitivos, exigiendo silencio. Al terminar la última de las canciones indioamericanas, y tras el divertido Ya! Ah! Oey! todos aplaudimos.

Tras el descanso, la parte final del concierto se basa en la interpretación de *La fiesta de los animales*, obra compuesta para este coro por Matan Daniel Porant, en 2004. Se trata de un partitura para piano y coro, sobre textos de Bárbara Pires y Mónica Santos. La obra se mueve entre Saint Saëns y Mompou, tiene fuerza y equilibrio, dulzura y sobriedad. Para mi gusto es aún mejor que la primera parte.

El público está en pie y los niños inclinan obedientemente sus cabezas al respetable antes de abandonar el escenario. El bis es obligado y puedo imaginar cuál será la pieza elegida. Cuando salgo a la calle ha dejado de llover, el aire se respira más limpio y fresco ahora.

Camino hacia casa pisando todos los charcos mientras tarareo una melodía inexplicable: Ya! Ah! Oey!

JUEVES, 20 DE OCTUBRE DE 2005

ENCUENTROS LITERARIOS

Inês Pedrosa

No conocía la obra de la novelista portuguesa Inês Pedrosa, pero me han bastado estos fragmentos de sus dos novelas –que ahora releo con pasión en el cuadernillo de mano mientras espero a que comience su lectura– para darme cuenta de que se trata ciertamente de una voz sólida, no exenta de riesgo y provocación, lo que sin duda es de agradecer.

La hermosa capilla del Parador de Turismo de Mérida que nos acoge esta noche, con la lluvia insistiendo en los amplios ventanales y el rancio aroma de sus tapices, se me antoja una de aquellas sinagogas cristianas. No en vano, las alrededor de cuarenta personas que nos hemos dado cita hoy aquí aguardamos con cierta expectación de fieles. La literatura tiene mucho de fidelidad. Por eso mismo, suele atraer a poca gente. Busco las miradas

cómplices de Pilar Nieves y Paco López, coordinadores del Aula. Se les ve contentos: una vez más los fieles han respondido.

Tras la presentación de José Ignacio Martín, medida y altamente iluminadora, Inês Pedrosa toma la palabra. Comienza pidiendo disculpas por su castellano, que es excelente. Es curioso, no se ha oído estos días a ningún ponente disculparse en público de su portugués, en algunos una pobre coincidencia con el idioma del país vecino. La novelista nos cuenta sus inicios como lectora, el descubrimiento de Cervantes (del que hace un encendido elogio), y pasa a reivindicar su doble cualidad de periodista y narradora. A propósito de su novela *La instrucción de los amantes*, Pedrosa diserta sobre esa etapa crucial y pegajosa que llamamos adolescencia. Para vivir –nos dice– hay que darse tiempo. Lo mismo que para escribir. Anoto la frase porque me resulta de una claridad casi inocente, ingenuamente necesaria.

Un asistente se pone en pie para dirigirse a la autora. Es joven y se confiesa trastornado por la lectura recientísima de *La instrucción de los amantes*. Habla de cierto caos narrativo y de temblar con cada página leída. Al final no hemos sabido si la novela le ha gustado o no, pero está claro que no ha podido desprenderse de ella: la ha devorado en un par de tardes y la fuerza de ese caos lo ha traído hoy hasta aquí, frente a la autora, a la que en vano interroga sobre las claves de ese proceso interno. Pedrosa sonríe. Sabe que no hay testimonio más gratificante para un autor.

CONCIERTO

Isabel Bijou – Canto dos poetas

Pretender llegar a las primeras filas y poder ver algo del concierto de Isabel Bilou en Mérida, es tarea casi imposible, suicida cuanto menos. El local está abarrotado, varado como siempre en una densa cortina de humo, como mandan los cánones de todo local que ose ofrecer conciertos nocturnos. Hay, eso sí, un silencio casi perfecto que permite escuchar con claridad las guitarras y la voz de esta mujer, esa voz de vuelta ya de todo, rota pero altiva, solemne y gastada, que tiene maravillado al público.

Pido una cerveza. Ventura, el dueño del local, me hace un gesto afirmativo con las manos cuando le pregunto por la calidad de los intérpretes. Doy

un trago a la jarra, y decido que antes de apurarla debo haber llegado a la primera fila. Empujones, disculpas, alguna sonrisa. Esquivo a un cámara de televisión. Terminó de filmar hace rato pero sigue ahí apostado, mirando fijamente a la cantante, preguntándose tal vez qué género es ése tan extraño y dulce, qué amarga soledad desprende esa canción. Tal vez recuerde la palabra saudade, y descubra que no encuentra versión exacta en su idioma.

Existe una escena de la música tradicional portuguesa que ha conquistado los escenarios de medio mundo. El fado, esencia de un sentir no sólo musical, también literario, ha atravesado definitivamente las fronteras. Sin embargo es en la cercanía, en la intimidad con el público, donde esta música y estas letras adquieren su verdadera dimensión. Isabel se siente cómoda en esta proximidad: pacientemente devora su cigarro o apura su chato de vino, cierra los ojos para visualizar los versos y luego mira a su guitarrista, al que hace un gesto, sin verlo apenas. Y todo comienza.

El programa de hoy anuncia un homenaje a algunos poetas portugueses y brasileños, aunque la artista ha añadido algunos cambios de última hora al repertorio. Entre fados tradicionales y composiciones propias, distingo algunos versos de Pessoa. También interpreta poemas de Eugénio de Andrade, Chico Buarque y Vinicius de Moraes. La formación que la acompaña es mínima: una guitarra acústica, otra portuguesa, un bajo y un teclado.

La expresión de Isabel cuando canta es un lienzo: cambia sutilmente de un tono a otro, sabe emborronarse de dolor y aflorar más tarde, irónica, con una afilada sonrisa en los ojos. Se transforma el canto, pero el alma es siempre la misma.

VIERNES, 21 DE OCTUBRE DE 2005

ENCUENTRO CON ALUMNOS

Inês Pedrosa

Me asomo al segundo asalto de Inês Pedrosa con el público emeritense. Ante unos doscientos cincuenta jóvenes de cinco institutos de la ciudad, el crítico y profesor Antonio Salguero analiza las aventuras y desventuras de

ambas culturas, inmersas durante siglos en el tráfago de las guerras y el comercio, pero sujetas también a una realidad que, más allá del discurrir político, ha propiciado siempre un fructífero intercambio cultural. No puede faltar la referencia a la revista Gévora, que desde 1952 hasta 1961 fue fiel reflejo de la realidad poética en Extremadura y Portugal, gracias al empeño de Luis Álvarez Lencero y Manuel Monterrey Calvo. Junto a éstos, nombres de ambos lados de la raya vieron publicados sus primeros poemas y textos. Algunos son hoy de obligada referencia: Miguel Torga, António Ramos Rosa...

Miro las caras de los chavales y chavalas que abarrotan el recinto. Algunos hojean el cuadernillo, otros se revuelven inquietos en sus asientos. En el palco, el grupo más rebelde trata de no pasar desapercibido. Sin embargo, reina en el auditorio una calma extraña, expectante, que se traduce en un respetuoso silencio cuando la autora toma la palabra.

Pedrosa defiende la necesidad de la lectura, de una lectura que es, desde luego, el motor básico, el aceite necesario para lubricar las ideas. Cita a Cervantes –de nuevo– y a Pessoa. Ambos son mitos y los mitos sirven para guiarnos.

CONCIERTO

Brigada Víctor Jara

Ciertos nombres, ciertas palabras, llevan impreso el latido de una emoción. El de Víctor Jara, lo confieso, siempre lo asocié a un tiempo difícil: el que hizo del cantor chileno un símbolo de resistencia, una palabra en el tiempo más allá de aquel tiempo de palabras y silencios, de héroes y desaparecidos. Pero la historia, que vence como letras de cambio, no ha dejado de engrandecer la figura de Jara, difuminando cada vez más la sombra de sus perseguidores, que hoy esconden su vergüenza y su culpa de la justicia internacional.

La Brigada Víctor Jara lleva paseando desde entonces su nombre por los escenarios de medio mundo. Son músicos portugueses que, sin caer en los tópicos de la protesta, han sabido dar a su trabajo un claro sentir contestatario. Surgieron en la ciudad universitaria de Coimbra tras la revolución de los claveles, comenzaron como brigada de voluntarios de alfabetización y acabaron decantándose por el "tratamiento" de la música tradicional portuguesa. Como si de un laboratorio de notas o un taller de hechicería musical se

tratara, estos músicos han aprendido a moverse en la frontera de los géneros. Partiendo de la canción de raíz portuguesa (fados, marchas, balhos, despiques...) proponen un trayecto sin puertos ni escalas donde el viaje en sí, como querían Homero y Cavafis, es el verdadero destino: cantigas paganas, marchas y folías de aldea, danzas gaélicas, cantinelas de taberna y la frescura del mejor cabaret, todo eso y mucho más, sobre un mismo escenario.

Pocos grupos tan compenetrados como esta brigada que, en honor a su nombre, se desarrolla musicalmente como tal, compartiendo instrumentos y protagonismo según las necesidades interpretativas de su repertorio. Así, pudimos ver a Catarina Moura (voz solista), Manuel Rocha (violín y tabla), Luís Garção (viola, y cavaquiño) Arnaldo de Carvalho (percusión y coros) Aurélio Malva (viola, bandoneón, y voz) José Tovim (Viola baja y coros), Joaquim Manuel "Quim Né" (batería y percusión), Ricardo Dias (piano, sintetizador, flauta y Gaita) y Rui Curto (acordeón). Aunque sin duda, el plato fuerte de esta noche sería la colaboración de José Medeiros, alguien a quien ellos mismos presentaron como "un combatiente". Medeiros, reciente Prémio José Afonso por su trabajo *Torna Viagem* (2004) es, desde luego, un músico impredecible. Capaz de interpretar con la misma intensidad una cantiga do mar, un vals o un tango... y aderezarlo todo con su ronca voz a ritmo de cabaret, este Tom Waits de las Islas Azores nos contagió su nervio y, desde su entrada en el escenario, el concierto fue ya cosa de todos. Público y banda creando un lenguaje único, a base de ritmos y palmas.

Sin duda, éste ha sido un encuentro necesario.

SÁBADO, 22 DE OCTUBRE DE 2005

EXPOSICIONES:

100 Años de Parlamento. 1903-2003

Portugal. Diez siglos de Historia. Exposición de documentos de la Torre de Tombo

La Asamblea de Extremadura acoge estos días dos importantes muestras: "100 años de Parlamento. 1903-2003" y "Portugal. Diez siglos de Historia".

La primera de ellas ofrece un amplio recorrido por la agitada historia política del país vecino. Inmediatamente he pensado en borrar lo de "agitada historia política" pues al fin y al cabo todas lo son. No obstante, no se extrañará el visitante al comprobar en los magníficos textos y gráficos que se le ofrecen, los vaivenes que hubo de conocer Portugal en el último siglo. Desde la Ley Electoral de 1901 y sus consiguientes revueltas –en lo que se dio en llamar una "monarquía sin monárquicos" según palabras del rey don Carlos o como dice una propaganda de la época "sistema velho em casa nova"–, todos los intentos de constituir un Parlamento sólido fracasaron, uno tras otro, hasta el asesinato del rey y el príncipe heredero en 1908. La proclamación de una 1ª República en 1910, la aprobación de la primera Constitución republicana unido a la turbulencia política de esos años –que generaría 45 Gobiernos en 16 años– queda perfectamente reflejada en numerosos documentos y fotografías de la época. Luego vendrían, como se sabe, los años de la dictadura con la implantación del Estado Nuevo, y en abril de 1974, la revolución que instauraría la democracia en el país.

Asomarse a este legado de documentos, reproducciones y fotografías es volver la mirada a un tiempo que exprimía de hambre a los hijos del pueblo, a los campesinos y trabajadores. Como en todas las versiones de la Historia, la verdad más seria, acaso la más doliente y fidedigna, queda reflejada en sus caricaturas.

SABORES DE PORTUGAL

Restaurantes colaboradores: Altair, Cachicho, El Caballo, El Encinar, La Alcazaba, Parador de Turismo y Meliá Mérida Boutique Hotel

Llegó a decir Álvaro Cunqueiro, que el hombre pone más dedicación, imaginación y mimo en la cocina que en hacer la guerra o el amor. Y tiene razón, a qué negarlo: a menudo una buena mesa es el centro estratégico para consensuar decisiones, negocios, intereses comunes... que en otro ámbito seguramente se hubieran ido al traste. Quizá por aquello de que "Barriga llena, a Dios alaba", este año *Ágora* ofrece la Primera Semana de la Cocina Portuguesa, en colaboración con los mejores restauradores de la ciudad. Durante estos días, el bacalao dorado o gratinado con cebolla, las almejas al

cilantro, los judiones del Algarve, el Alvarinho de Porto... son los perfectos anfitriones de un encuentro que se abre también a la gastronomía y al hondo saber de los sabores.

DOMINGO, 23 DE OCTUBRE DE 2005

TEATRO INFANTIL

Teatro do Imaginario: "Y las palabras volaron"

Un buen puñado de padres esperan con sus hijos a las puertas de la sala Trajano. Me llama la atención encontrar más padres que madres. Sin duda, las tardes del domingo con teatro se han consagrado ya como un momento de unión (no sé si también de reconciliación) entre los pequeños y sus progenitores. Las madres, supongo, deben estar descansando del trajín de toda la semana. Luego habrá cine, paseo y otras distracciones, pero el teatro es cosa de papá. Así que aquí estamos alrededor de treinta padres con sus respectivos churumbeles (más el de algún vecino avispado), deseando que la puerta se abra de una vez.

Cuando la chiquillería consigue ocupar sus asientos, un punto de luz ilumina en el escenario un enorme cubo hecho de retales de periódicos. ¿Pero qué es eso? –me pregunta un niño con la cara desencajada por la expectación. Menos mal que del cubo aparece un perro y me saca del apuro. El niño abre aún más los ojos, y se olvida de mí. El simpático perrito se encuentra una caja de madera abandonada. La olfatea, la empuja. Pero no se mueve. Por supuesto, se pone a jugar con la caja –¿qué otra cosa puede hacer un perro con una caja de madera?– hasta que de pronto se rompe la tapa y comienzan a escaparse las palabras: son palabras de un diccionario, bueno, ahora son palabras que vuelan por los aires.

Los niños, estupefactos, asisten a semejante desbandada de palabras. Escucho la voz de algunos padres soplándoles lo que significan. No lo tienen demasiado fácil, la verdad; una de ellas dice: "Constitucional" y claro, vuela sutil por el escenario, a ver quién es el guapo que la alcanza. Otras, más dóciles, sólo quieren decir "Pereza", "Carnaval", "Persona" o "Razón".

Hay también un vendedor de periódicos que trata de capturar a las palabras, pero todo es en vano. Éstas se agitan, vuelan ya por el escenario y ni siquiera un pato que se suma oportuno a la recolección consigue domesticarlas. Quizá por eso ha decidido tragárselas. Los críos aplauden, patalean, se ponen de pie señalando con sus índices los escondrijos de cada palabra, ahí, ahí, gritan, y el patito continua engullendo vocablos ante la risa indomable de los niños. Una de las actrices da un brinco y se planta en el patio de butacas, micrófono en mano, para comprobar el grado de atención del respetable. Viene preguntando el nombre de algunas de las forajidas. Se dirige a mí, que estoy en las primeras filas, cuestionándome aún cómo puede ése pato tragarse tantas letras sin masticarlas siquiera. La chica planta el micro delante de mi boca y me pregunta, en portugués, el nombre de alguna palabra que haya visto rondando por aquí: "la razón" digo yo, sin encontrarla del todo.

Y AL FINAL...

Todo el paisaje no está en parte alguna. Debí comprenderlo desde el principio. Ahora, delante de la pantalla del ordenador se hace visible esa desaparición del paisaje, de los rostros, de las canciones y las palabras que será ya vano perseguir. ¿De qué forma podríamos retenerlo? ¿Escribiendo sobre todo ello? ¿Registrando con pasión de notario cada frase, cada idea, cada gesto? Podría y es, tal vez, lo que se me pide. Sin embargo –el trabajo está hecho y hay en él anotaciones suficientes para que cada lector invente su paisaje– sin embargo, digo, sé que lo sustancial de estos días, lo verdaderamente revelador de este encuentro en la frontera, ha sido el reconocimiento de cada identidad. Esa identidad que, señala el poeta, no puede ser entendida, asumida y gozada sin mudar de alma. La frontera –cualquier frontera, todas las fronteras– no está sino para facilitar el encuentro de cada una de esas identidades que la cruzan a diario, en el tráfico imparable de las ideas, las emociones, la política o los negocios... y el encuentro se produce precisamente gracias a nuestra diferencia.

El acercamiento es, al fin, un juego de espejos. Lo decía Seferis: "Y un alma, si quiere conocerse, en otra alma ha de verse". Uno siente la aventura de ese hallazgo –qué torpes suenan ya lo términos "nación" o "país"– al

que hemos llamado alma. Un alma transfronteriza, a caballo entre dos lenguas, dos realidades que se complementan en la diferencia.

Ágora Escena nos trajo, con el humo de los bares y la música, el sueño dulce de una cita, un encuentro inaplazable con nosotros mismos. ❖